

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Leéis la sección de anuncios de los periódicos? Yo sí, y á veces encuentro en ella muy curiosas revelaciones acerca de las costumbres. Una de las secciones anunciadoras preferidas por mí, es la que se refiere á ofrecimientos y peticiones de trabajo.

La comparación entre un gran diario de la Argentina, que recibo, y el *ABC* de Madrid, es en este particular extremadamente demostrativa, y señala claramente la diferencia entre dos tipos de civilización.

Los anuncios de la Argentina son categóricos y sin falsa vergüenza.

Cocinera formal, se ofrece.—Cocinera alemana, que sabe su obligación.—Lavandera, se ofrece.—Mucama española, sabe lavar y zurcir bien...—En esto no cabe duda. Trátase de un trabajador, que se busca el pan á cambio de servicios concretos. Leed, ahora, los anuncios españoles.

Señora, se ofrece para acompañar señoritas.—Señora de buena familia, desearía entrar de ama de llaves ó ama de gobierno de una buena casa.—Señora, que conoce la dirección de una casa, aceptaría gobernar la de señora sola, caballero ó sacerdote.—Señora, se ofrece para cuidar de un niño ó señorita.—Señora, acompañaría señoritas á paseo...—*Y sic de ceteris*... Entre tanto señorío, ¿dónde están los servidores? No los veo por ninguna parte.

Me recuerda este método tan típico, por la pretensión que revela á no perder la hidalguía en medio de la indispensable necesidad de buscarse el garbanzo. el caso que sucedió á una dama de la más alta aristocracia, que necesitaba doncella y á quien se le presentó una aspirante al puesto. «Yo—dijo la pretendiente—quisiera no comer á la mesa del servicio... Yo quisiera hacer tan sólo ciertas y determinadas labores... Yo no puedo ir á recados... Yo necesito que me traten de un modo especial... Yo tengo mucha delicadeza...» Y la dama, sonriendo, respondió: «¡Vamos, vamos! ¡Lo que usted viene á pretender, es el puesto de señora! Pero ése está ya ocupado...»

Algo semejante me ocurrió á mí hace tiempo. Me recomendaron á «una señora y dos señoritas» que, por haber quedado sin colocación el jefe de la familia, empleado modestísimo, resolvían dedicarse á algún trabajo remunerado. Recibí á las solicitantes, que venían muy emperifolladas. En especial, las dos niñas, hechas un figurín. Empezaron á manifestar su pensamiento, que era, naturalmente, el de proporcionarse un modo de vivir, pero sin renunciar, claro es, á los privilegios y decoro de su clase. Hube, naturalmente, de preguntarles cómo entendían poder realizar tan difícil combinación; y al punto salió á relucir lo de la «señora de compañía» y la «institutriz».

—¿Institutriz? repetí, un tanto sorprendida. ¿Tienen ustedes diploma?

—Pero... ¿hace falta diploma?, dijeron atónitas.

—A lo menos, habrán ustedes estudiado para maestras... O sabrán idiomas, el francés, el inglés...

—No, eso no lo sabemos... Y como seguir carrera, no la hemos seguido... Somos unas señoritas de muy buena familia...

—Mis hijas, advirtió la madre, pueden alternar con lo mejorcito, tocante á educación...

—No digo lo contrario... Sólo que, como se trata de que desean ganar su vida, les indico lo que convendría que supiesen para ganarla en efecto. Si no han estudiado y no saben lenguas extranjeras, nadie las admitirá para institutrices.

—Verá usted... Si lo que deseábamos era alguna señorita, allá en Madrid, (que usted, conocerá miles), para acompañarla á paseo por las tardes. Siempre pagaría por el servicio sus veinte ó treinta duros, al mes, y ya con eso...

—De modo que ustedes se figuran...

—¡Vaya! Sabemos que esto depende de la recomendación de una persona bien relacionada, influyente, como usted.

—Y... una hipótesis..., me atreví á insinuar. Supongan que no apareciesen esas señoritas que se están encerradas en su casa por falta de otra señorita que las acompañe á razón de un duro diario... Bueno, ya sabemos que hay un millón de las tales señoritas encerradas..., pero si casualmente no se encontrasen..., ¿qué, ¿no harían ustedes otro género de trabajo? ¿El..., la palabra se me atragantaba, el..., servicio doméstico, por ejemplo?

—Como somos unas señoritas...

—Como mis niñas se han criado en tan buenos pañales...

—Pero en fin, según el servicio que fuese, se arriesgó á lanzar la mayor. Pongo por caso: nosotras no vamos á descender á ser niñas, ni muchachas de fregadero. Si hubiese, supongamos, una señora viuda, con intereses, que necesitase una persona para estar con ella y para dirigir la casa, dar la despensa y refinar á los criados..., ¡que son unos abandonados, ya se sabe!... O si se nos indicase una señora muy rica, que necesitase primera doncella...

—Primera doncella..., exclamé como el que reflexiona. Entonces; ¿ustedes sabrán de peinar, de lavar y planchar primorosamente pañuelos de encaje, y lo mismo ropa blanca finísima, de preparar un té á la inglesa, de esas mil menudencias que á una primera doncella le corresponden?

Vi en sus caras profundo asombro...

—Peinar... No, peinar no... Nosotras tenemos peñadora para los días en que vamos al teatro... Pero aprenderíamos...

Las despaché con esas promesas vagas que hacemos á los que no hay medio de ilustrar, porque no les da la gana de enterarse y creen poder forzar el destino, y, al día siguiente, no me sorprendió oír de labios de la persona que me recomendaba á aquella familia, que había tenido que darles, urgentemente, cuatro pesetas para comer...

Y el caso se repite. Muy á menudo recibo cartas en que una «señora» me manifiesta que ha menester ganarse la subsistencia. ¿Por qué no empieza suprimiendo ese importuno señorío, que, como una valla, se interpone entre el puchero y la boca hambrienta? ¿Qué le importa á nadie que seamos ó no señores, cuando tenemos que acatar la dura ley de la necesidad y aplicar nuestras fuerzas á no morirnos de hambre?

Y el caso es que el achaque del señorío, en materia de servicio, consiste en servir bien...

Un amigo mío me dijo que proyectaba publicar un Manual del perfecto sirviente, y que ya poseía algunos apuntes, que tuvo á bien comunicarme. Los leí con gusto, hallando que no carecían de buen sentido y utilidad. Recuerdo algunas máximas, y la primera, hela aquí: «Jamás te acuerdes, mientras sirvas, de si has ocupado otra posición mejor en el mundo. Jamás lo digas. Procura sí, que se note en algo que te haga superior á tus compañeros; en mayor finura, en mayor inteligencia, en mayor dignidad; pero siempre dentro de tu actual condición.»

Los consejos á los servidores eran, algunos de ellos, aplicables á los amos también.

«Pon cada cosa en su sitio, para no hacer esperar cuando te la pidan.—No te fies de nadie, porque la confianza no es lícita cuando tenemos que guardar intereses ajenos.—Acostúmbrate á la idea de que, lo mismo que has de comer todos los días, todos los días has de hacer la limpieza.—Persuádate de que el decir que tu amo no está en casa aunque esté y se le oiga hablar, no es mentira si te ha ordenado que no entre nadie.—Que haya manjares que te sepan mejor que un recado; no te comas ninguno, porque tú te lo comes, y al amo se le indigesta.—Aprende á distinguir á un sablista de un duque millonario, y á no acoger á los petardistas con amabilidad, mientras bufas á las personas decentes.—Entérate de que lo mismo que hay personas que te agradan á ti, las hay que agradan á tu amo, y si varias te fastidian, á él le ocurre lo propio; y procura tratar bien á las primeras y ahuyentar á las segundas, sin cometer insolencias, pero con energía.—No emplees nunca el «usted» al dirigirte á tu amo; y menos aún el «ustez», que ya constituye grave desacato.—Habla en impersonal, invariablemente.—No des jamás á tus amos los buenos días, ni las buenas noches, ni les preguntes cómo están.—Acuérdete de que ni puedes recibir visitas tuyas, ni usar bigote, si eres varón, ni zapatillas, si eres hembra.—Tampoco debes usar, si eres hembra, peinetillas de estrás ó celuloide, ni peinados de rizos, ni toquillas, ni sortijas, ni cadenas, ni medallitas de dublé. Tu traje negro, tu delantal blanquísimo, tu cuello ídem, tu calzado correcto, y librete Dios de perfumes y de jabones de patchuli, que encalabrinan.

Si eres varón, no tienes derecho á oler á tabaco, ni á vino. Bebas ó fumes, á tu amo le basta con ignorarlo. Más valdría que disfrutases á escondidas de sus cigarros, que echarle un vaho apestoso de tagarina á la nariz.—Vale más, igualmente, que usufructúes su jabón, que enseñarle una uña negra al borde de una fuente, cuando le sirves la comida, ó de una bandeja en que le presentes una carta (ahora que se ha concluido la moda de los guantes de hilo para los sirvientes).—Usa reloj, porque el señor, por pereza de sacar el suyo, te preguntará muchas veces la hora.

—No receles adelantar dinero para cuentas, si observas que el amo paga todas las suyas; en caso contrario, declárate pobre de solemnidad.—No galantees á las doncellas de la casa, si es que te encuentras bien en ella.—Recuerda que las fábricas de gas y electricidad tienen la costumbre de presentar sus facturas, y sólo por esta pequeña circunstancia, evita dejar encendidas luces y estufas cuando los amos no las gozan.—No hables mal de tus amos; ese cuidado debes dejárselo á sus amigos: tú nada ganas con hacer una cosa que te es inútil y si se descubre, perjudicial. De la buena voluntad de tu amo depende en gran parte tu situación cómoda, tu mejor remuneración, tal vez una manda, tal vez un destino, para ti ó tus parientes.

¿Qué sacas en limpio de poner como hoja de perejil á los amos?—Si no estás contento en una casa, no rompas porcelanas buenas ni estropees muebles ricos, al objeto de que te despidan. Vete respetuosamente, declarando que lo lamentas, aunque no lo lamentes, y habrás ganado un amigo, tal vez un protector.—No te pongas á hurtadillas la ropa del amo, que siempre acaba por saberlo: procura en cambio, que su vanidad esté interesada en darte buena ropa.—No te vistas mejor para salir el domingo que para honrar á tus amos: si lo perciben, jamás te regalarán una prenda de ropa.—Cuando tus amos te den una orden en el sentido de algo que tú desees, haz con maña que la repitan: no vayan á olvidarse de que te la dieron, y supongan que tú la inventaste.

—Cuando te hablen de un modo franco, tratándote como de igual á igual, no te apresures á situarte en el mismo terreno: permanece en el tuyo, que es el modo de que nadie te pueda nunca llamar al orden.—No faltes jamás á tus amos, no por ellos, sino por ti, pues es la única manera de que si son contigo injustos, toda protesta te sea lícita.—Si tu amo se deja puestas las llaves del armario, y en la casa hay más criados, no se te ocurra, por falsa suspicacia, dejarlas allí: cierra y recoge, y entrega cuando el señor llegue: en el servicio doméstico, lo mismo que en todo, hay responsabilidades que es preciso aceptar.—Las chimeneas y estufas tienen por objeto calentar las habitaciones; no lo olvides, y no esperes, para encenderlas, á que tu amo llegue y experimente una impresión de frío; la sensación de calor, ya tardía, no le hará olvidar la primer molestia: hay que saber encender y apagar con oportunidad.—Hazte cargo de que, en gran parte, depende de ti la felicidad de tu amo.

—Hazte cargo de que también depende en cierto modo su honra.—No veas en el amo al enemigo: el modo de vivir bien es rodearse de amigos: si un amo te parece enemigo, sal de su casa: corréis peligro él y tú.—No olvides que eres libre: puedes, á cada momento, dejar la casa en que sirves; esto te quita todos los derechos de represalia que tienen por ley natural el cautivo y el esclavo.—Acuérdete de que, si á tu amo le conviene que te adiestres en el servicio, á ti te conviene más todavía: en tu clase hay clases: cuanto más aprendas, vales más, en salario y en consideración.

—Cuando mi amigo me preguntaba mi parecer sobre estas máximas y otras que ya no tengo presentes, solía contestarle:

—Muy bien está todo ello, pero supone que los sirvientes son capaces de entender tanta moraleja... Yo creo más en su inconsciencia que en su malicia. Claro es que hay de todo, pero dominan la torpeza, la pereza, la carencia de nociones educativas, y esa especie de indiferentismo ante el mañana, que les perjudica á ellos, sin dejar de dañarnos bastante á nosotros. La enfermedad que más aqueja á los sirvientes, es justamente la imprevisión; se divierten cuanto pueden y gastan su soldada en fruslerías inútiles; por imprevisión, no adelantan un paso en la técnica de su oficio. Desearían mejores sueldos, y no aciertan á ganarlos; quisieran adelantar en provecho, y son, generalmente, incapaces de adelantar en habilidad y arte para hacerse gratos é indispensables donde sirven, y hasta para facilitar su mismo trabajo. Extrañará el caso y es cierto: los sirvientes, por lo regular, no economizan tanto los puños como la inteligencia... Y este problema del servicio, lo mismo que los restantes, acaso sea, en su terreno, un problema cultural.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.